

Rogelio Grillo

## Ad vitam æternam

### Ab origine

Suspiró, en algún lugar de Inglaterra, en el siglo once. Su dulce cabellera rubia caía —libre, abundante y ondulada— hasta la cintura.

Estaba sola en su habitación, sentada en su cama. Como todos los días, se había despertado al amanecer para sentir cómo se desperzaba el castillo: el ruido de los animales en la caballeriza, los gritos de los vasallos, el terrible hedor a moho, estiércol y orina, choques de accros...

Se destapó y amontonó las rústicas mantas al pie de la cama. Silenciosa, espectral, el cuerpo delgado envuelto en el camisón de sarga amarillo pálido, se dirigió a la ventana. Sus pies desnudos rozaron ligeramente, como si flotaran, el húmedo y helado piso de piedra gris. Apoyó las manos en la cornisa y aspiró el aire fresco y fragante de la mañana, perdiéndose en el deleite del aroma a manzanilla.

La doncella observaba. El patio del castillo, la muralla de piedra áspera, y más allá, el campo. Una niebla densa, espesa como la sangre de un moribundo, besaba las suaves colinas que jugaban a ser el mar, tan tersas como la piel de un niño, en un horizonte vacío, ondas de una cadencia otoñal. La hierba, en su lacónico movimiento, en el ondular cansino de anciano sabio, con el ritmo tranquilo y sin prisas del trashumante por elección. El rocío cristal, besando cada hoja. O quizá fueran las lágrimas tímidas del manto gris, nublado y triste que surcaba un solo pájaro negro.

La doncella se entretuvo en la contemplación del ave, que navegó el paisaje desnudo y se posó, premonitoria, en el parapeto del castillo de Udthborg el Bueno, que se erguía solitario varias millas hacia el norte.

### Ad majorem Dei gloriam

... y me ha sido ordenado por el obispo convocar a vosotros, señores, al fiero inglés cristiano, para re-

### Primer Premio del Séptimo Concurso Gramma

cuperar el Sancta Sanctorum de las herejes manos moras. Es el deber ineludible de cada hijo de Dios el armarse en defensa de su hogar. Convertíos, hijos míos, en cazadores acérrimos del infiel pájaro negro, que con sus malignas alas curvas, esas que siembran la muerte en el sendero de los peregrinos, se embosca, se oculta entre las sombras profanadas y hace del pórtico de la Tierra Sacra su guarida asquerosa. Expulsadlo de su refugio, donde oculta su rostro sacrilego, sus ojos herejes, esos que son capaces de matar con un guiño al hombre débil de corazón. Revolved en la podredumbre que infecta la casa del Señor, y matadlos como ratas. Vosotros sois responsables de sanear el Santo Sepulcro, aun a costa de vidas moras. Que la bestia mora no comprende la razón de los hombres, y entonces el derramamiento de sangre no sería ya una afrenta a la sabiduría del Señor, que en su infinita ciencia nos ofendió la guía de los sagrados mandamientos, sino que sería el regalo de la redención a las almas impuras que permanecen ciegas a la luz de Cristo. Es, entonces, deber de cada caballero digno de nombre, ofrecer su hombría a la causa del Señor. Es imperativo el emprendimiento de una acción conjunta, en una hermandad que, levantada en armas, defenderá la causa justa de Jesús y recuperará su Morada Última, el Santo Sepulcro, de las manos negras e ignorantes que en su barbarie osan macular con ignominias burdas y salvajes el Nombre. Es vuestra obligación, hijos de la espada, salir del letargo y emprender la Guerra Santa.

Tal como Jesús, que a estallidos de un látigo expulsó a los comerciantes que profanaban el templo de Dios.

Vuestra obra será santa, señores, os lo aseguro.

¡Pues no vais en vuestro nombre, sino en el del Señor mismo!

**Vae soli**

Udhhborg el Bueno era uno de los hombres más poderosos e influyentes del reino. Desde la torre de su castillo era imposible ver a un hombre que se situara en el confin de sus tierras, así como también era imposible saber el real peso de su voz. Era uno de esos hombres que desde las sombras influyen terriblemente en el destino de la historia. Sin embargo, no era su riqueza lo que lo hacía importante, sino su cercanía al trono. Su padre y el anterior rey, Clodoveo el Augusto, habían sido íntimos amigos, y así lo fueron sus hijos. El actual monarca, Asdrual el Grande, y Udhhborg eran confidentes (y virtualmente hermanos; habían arrojado al viento su voluntad, una noche de lluvia de su adolescencia, y a la luz efímera de un relámpago azulado sellaron un pacto: enmendaron aquello que el destino había descaminado, y mediante la sangre fresca que manaba de una herida autoinflingida, se eligieron hermanos, y se estrecharon la mano con firmeza, apretón que se trocó en un abrazo y dos lágrimas reprimidas).

Dieciocho años atrás, Lenina, la esposa de Udhhborg, había quedado encinta. Sin embargo, el destino fue adverso, y arrancó la vida de la joven madre, luego de un parto extenso y doloroso. Inútiles fueron las pócimas, los brebajes mágicos, el golpear las puertas de los mejores sanadores. Lenina falleció dos días después de dar a luz al niño, extinguiéndose lentamente en una hemorragia que se bebió el color de sus mejillas.

El niño se llamó Aashborg. Era la razón de vivir de su padre, así como de su padrino Asdrual, quien debido a un extraño fenómeno (ciertas personas lo adjudicaban a un maleficio) no era capaz de engendrar sino mujeres, lo que lo dejaba sin un hijo para sucederle en el trono, de tal suerte que su ahijado se convirtió en su heredero. Había sido un consentido toda su vida, pero a su vez educado para ser un hombre de bien. Era los ojos de su padre, y corría en sus venas sangre azul inglesa, de la estirpe más pura.

Udhhborg el Bueno había ganado su apodo legítimamente, y decenas de hombres hubieran dado gustosos la vida por una persona de tal estatura.

Pero era un político, y un hombre pensante: públicamente profesaba el cristianismo, en una

maniobra propia de un hombre que sabía que en momentos cruciales siempre era necesario tener un aliado. «En tiempos de batalla —decía, tan sólo al padrino de su hijo— siempre es conveniente rodearse de amigos, y la Iglesia es un dragón dormido: mientras duerme, su mansedumbre puede confundir y recrear el apacible y maravilloso sueño de un niño pequeño; pero si llega a enfadarse, es capaz de abrasarte con su aliento y aplastarte con un mero movimiento de su uña más pequeña; su poder es inconmensurable, y ciertamente no seré yo quien se le oponga.»

Sin embargo, en su vida privada, el hombre confiaba ciegamente en los consejos del hechicero de su castillo, Guthlac. Atribuía a sus conjuros poderes fantásticos, y regía su vida por los consejos del augur. Tenía la plena certeza (heredada de su padre) de que en el mundo influían fuerzas más grandes que ellos mismos, y de que los hechiceros eran al mismo tiempo médiums y catalizadores.

Por eso un día se presentó ante Asdrual y le dijo: —Sabes, hermano, cómo pienso con respecto a la parafernalia de mitos ridículos que ornamentan el espectáculo de tu Iglesia, y que lo que nos ha pedido el cura no me genera la menor obligación. Sabes también que mi hermano, Asmodeo el Cojo, siente hacia mí un odio que no comprendo, y que codicia mi título; y mi hijo, si bien es un hombre fuerte y noble, aún no ha vivido lo suficiente, y si abandono mi lugar, no podrá cuidarlo por mí, ni defender mi posición ante los engaños a que lo someterá Asmodeo. Pero no tengo que recordarte lo que vales para mí. Por eso he venido a que me digas lo que piensas.

—Udhhborg, hemos nacido juntos. Hemos crecido juntos. Hemos sangrado juntos. Acompáñame en esta Cruzada, y sostiene tu espada con mano firme, peleando a mi lado. Ven conmigo, y lucha por mí. Como siempre hermano. Hombro con hombro.

**Plurima mortis imago**

La noche guarda y aguarda en silencio. En las penumbras, se agazapa y observa. Y se hace densa, a medida que transcurre el tiempo, y al llegar la medianoche es espesa e incierta.

El recuerdo nos golpea disimuladamente con un temblor en los labios, y una pupila que se humedece. El secreto nos persigue y rebota, se estira, se contrae, se envilece o se engrandece. El enorme ardor de maldad toma forma en maquinaciones diabólicas, y el pequeño pecado nos habla, y se burla de nosotros con palabras cínicas. La conciencia se encarniza con el arrepentido y lo desvela. La duda susurra despacito al oído de los hombres, y los mantiene despiertos, escuchando con ansiedad cada pequeño sonido, tratando de hallar una respuesta, con la convicción de que alguna cómplice hada nocturna se acercará y murmurará la manera de acabar con la incertidumbre. Y el miedo. Madre, el miedo. Corroe lentamente el tramado secreto de minucias que todos escondemos, y nos despoja de todo lo que hace al ser humano. Las manos sudan... y frío. Una pequeña cosquilla eléctrica nos convulsiona con disimulo, y los ojos se agrandan... y frío.

Udhhborg sentía frío. Sentía frío y una sensación extraña en el estómago, como de ausencia, como de hambre. Las mantas se sentían demasiado pesadas, y su rostro se convulsionaba epilépticamente, como si sufriera en carne propia un martirio mucho más doloroso que el físico, mucho más cruel que el espiritual, una agonía en gesticulaciones de alma atormentada, sus ojos atrapados, revolviéndose locamente en el claustro de los párpados cerrados. Morfeo, esquivo, jugaba con él, y no le ofrendaba el sueño pero sí la pesadilla, una tortura inhumana a los sentidos despiertos, una agresión a la conciencia atenta y temerosa.

Realmente ese sillón que ocupaste, hermanito, es muy cómodo. Mucho más que el que Padre me obligaba a usar por ser cojo. ¿Te acuerdas? Tú cenabas con él, y hablabais de batallas, y tu entrenamiento, y el clima, y ambos reiais estentóreamente, mientras degustabais manjares calientes, abundantemente regados con vino. Y yo... yo debía aguardar en mi cuarto, y tragaba mi bilis al oír tus carcajadas. Luego os levantabais y os retirabais a observar la luna desde las torres, y él te hablaba del día en que todo lo que veiais sería tuyo. ¿Recuerdas? En ese momento yo podía escabullirme para comer las sobras frías, como un perro, pues Padre no me dejaba compartir la mesa con vosotros. Te contaré algo, hermanito.

El viejo nunca me amó. Lo habrás notado, seguramente, y habrás creído que en realidad era vergüenza por mi cojera, y bueno, eso también es cierto. ¿Pero sabes qué? ¡Yo fui un error! ¡Ja! Yo, hermano mío, soy en realidad hijo de la cocinera, fruto de una noche mala de nuestro padre. Y como ves, salí malo. Entonces, yo representaba para él la recordación viviente de un error. Verme le significaba dolores en la conciencia, y por eso se desentendió de mí. No quería creer que hubiera sido capaz de engendrar una criatura así, ofendiendo la memoria de tu madre. Crecí en las sombras, solo, y siempre evitado. Incluso las veces que me veía, las pocas oportunidades en que nos cruzábamos por los pasillos, él me golpeaba al grito de «¡Vuelve a tu cuarto, monstruo! ¡Abominable bestia! ¡Vete de mi vista y de la de mi hijo, si no quieres que algún día te haga desangrar como esos pollos que nos sirven de cena!» Y yo huía, porque su mano era muy pesada, y su cólera no se aplacaba hasta que yo me ocultaba.

Pero adivina qué. ¡Ahora es mi turno! ¡Es la hora de la revancha! ¿Cómo? ¿Qué dices? Lo siento, la sangre que te ahoga no me deja oírte con claridad. ¡Ja, ja! ¿Qué se siente, hermano?

Udhhborg no lo soportó más. La voz de su hermano confirmando sus sospechas lo enloquecía, sonando en su cabeza como ecos reiterados, agudas espadas que se clavaban en sus sienes, cada nueva palabra un motivo para temer. Y no por él mismo, sino por su hijo, el bueno e inocente Aashborg. Estaba seguro de que la venganza de Asmodeo recaería sobre lo máspreciado, lo más amado, lo único venerado en la vida de su hermano: su descendencia.

El Bueno, nervioso, arrojó las mantas al piso de su habitación. Era un cuarto opaco y austero, sin más muebles que una cama, como había aprendido de su padre. Incluso la cama era un tanto rústica, sencilla, de madera de roble, sin ornamentos ni cabecera ostentosa. El colchón era delgado y duro. El resto de la habitación estaba desierto. No tenía ventanas, y todas las paredes de piedra gris estaban desnudas, aunque cubiertas de una fina película de musgo en las esquinas más húmedas.

Desnudo, comenzó a caminar. El piso estaba helado (¡frío!) bajo sus pies, y una brisa fresca (¡frío!)

recorría los pasillos y le besaba impudicamente todo el cuerpo, a pesar de que estaban en la mitad de julio.

Siguió caminando, ensimismado en sus desvarios, y ya divagando por el terreno de la insania. Las posibilidades más inverosímiles adquirían a sus ojos la apariencia de la amenaza más real, y la venganza de su hermano se vestía y se desvestía con los trajes más absurdos en el interior de su cabeza.

Tan sólo guiado por su instinto, Udhborg recorría los pasillos. En realidad, el que caminaba era el animal, porque el Udhborg pensante había volado hacia otro paraje, donde se retorcia en imaginaciones intrincadas y conspiraciones escondidas en la maldad oculta del duraznero. Cuando el animal comenzó a bajar la escalera, algo llamó la atención de Udhborg y regresó. Observó la escena detenidamente.

Estaba en mitad de la escalera, que descendía en espiral, suavemente. Los escalones estaban mojados, una delgada sábana de pequeñas gotas de agua helada que parecían brotar de la piedra misma. Estaban resbalosos y muy fríos, y Udhborg tomó conciencia de que temblaba. Apoyó las manos contra la pared de ambos lados. Sintió una caricia de musgo, un beso de terciopelo nada desagradable. A sus espaldas la penumbra era densa, opresora, pero se desvanecía en el reflejo de una antorcha al final del corredor, en una metáfora burda: «camina hacia la luz, que allí está la vida». Todo estaba en su lugar, salvo esa luz... era demasiado tarde, y la oscuridad debía haber sido concreta, tangible; él, Udhborg, debería estar ciego, guiándose por el tacto, confiando en ese resabio animal que nos ampara cuando la razón y percepción nos fallan o engañan, pero esa luz... el sexto sentido, que todos tenemos (aunque no lo sepamos) clavado en lo profundo de nuestro ser, lo advertía... ¿contra qué?

Siguió bajando. Llegó al final de las escaleras, y encontró la puerta abierta. La habitación tampoco tenía ventanas (obviamente), y estaba iluminada por una serie de antorchas ubicadas en huecos de la pared. Salvo una, sobre la cual se recostaba una repisa, llena de viejos libros escritos en gaélico, latín, sánscrito... recipientes, copas, utensilios extraños, de las formas más disparatadas; y frascos

llenos de líquidos espesos, miembros humanos, órganos animales, y algunas sustancias indescriptibles. El cuarto estaba impregnado de un rancio olor a moho. Y en el centro, sentado a una mesa, se encontraba un anciano. Las sombras jugaban en su rostro, resaltando cada rasgo, pero manteniéndolo en un misterio oscuro, sus ojos en la negrura más profunda, su cara bañada por una luz escasa, mientras se dibujaban en su rostro figuras chinas, caprichos de una hedionda tea de aceite.

Estático, observando al recién llegado desde el cuenco de sus ojos vacíos, dijo:

—Te esperaba, Udhborg. Supe de tu insomnio. Tu miedo impregna todo el castillo, y hasta un viejo hechicero como yo puede olerlo. Tu nerviosismo te delata, tus ojos ya no tienen fuego. No sólo te vuelves viejo, señor, sino débil y micloso.

—¿Qué sucede, Guthlac? —murmuró.

—No lo sé con certeza, pues no he hablado con ellos, pero algunas cosas ya me han sido reveladas. Ayer he visto mi muerte. Se me ha acercado mientras dormía, y me ha puesto una mano en la frente, y pude verme: en treinta y dos días desde hoy. He estado con tu abuelo, luego con tu padre, luego contigo, luego... no estaré ya con nadie. Mis ojos no verán al hijo de tu hijo. Quizá sea lo mejor. Ya no sé la edad que tengo, y mis poderes no son lo que solían ser. Tiempo ha que me di cuenta, cuando no pude salvar a Lenina. Nunca me lo reprochaste, y te lo agradezco, pero desde ese momento mi vida ha sido una constante decadencia. Quizás irme realmente sea lo correcto.

—Basta de tonterías, hombre —replicó Udhborg—. Tú no morirás, y ambos lo sabemos. No he venido a discutir contigo. Necesito saber qué pasará durante mi ausencia, qué suerte nos deparan las Cruzadas, algo acerca de mi hermano... tú dirás.

El brujo tomó un plato y un cuchillo. Cerró los ojos y se cortó las venas del brazo izquierdo, dibujando un par de labios de los que brotó una sangre punzó, espesa, que derramó sobre el plato. Cuando consideró que era suficiente, el hechicero pasó la uña del dedo meñique sobre la herida y ésta sanó sin dejar cicatrices ni marcas. Luego escupió sobre la mancha de sangre, y la revolvió con la misma uña. El Bueno creyó ver que la oscuridad se hacía más intensa, mientras el viejo comenzaba a tem-

blar, y con una voz áspera, de mujer anciana, empezaba a recitar en voz queda la profecía que habían venido a buscar.

—Tu reflejo enfermo se volverá contra ti, pero tus ojos estarán lejos y huecos y no podrán verlo; y mientras las uñas de tus pies crezcan con rabia y tus cabellos alcancen tus hombros sin que el gesto se altere, serán urdidas a tus espaldas conspiraciones que mutilarán los brotes que cultivaste en soledad. La sangre de tu sangre no será ya brillante y poderosa, sino que será viciada por la sangre de la sangre de tu padre, y una pócima nacida de la muerte de las hierbas del Norte hará que tu orgullo se doble de rodillas y reniegue de su nombre. Tu casa morirá por el dictamen de un juez llamado Traición, y el verdugo será un hombre cuyas manos hayan vivido del trabajo. En tu hogar, será sellada la tumba de tu historia a la altura de treinta hombres. La lápida será una piedra de construcción, sin epitafios, y a la vista de toda la gente, burla de un juez que ríe a carcajadas su inteligencia en tu lecho.

Finalmente, un golpe de viento apagó todas las antorchas y se oyó el ruido del viejo Guthlac que caía al piso. Udhborg quiso acercarse, pero la voz de la mujer que había poseído el cuerpo frágil del brujo le advirtió:

—Vete ya.

Y así lo hizo.

### **Aeternum vale**

Udhborg el Bueno yacía tendido en su cama, los ojos bien abiertos, abstraídos de su cuerpo, absortos en la contemplación del recuerdo del aquelarre. Sus músculos temblaban con espasmos rítmicos y regulares, con cada latido aterrorizado, y sus pupilas se contraían hasta el infinito, cegando un par de ojos celestes, lápidas de zafiro que adornaban la tumba de un hombre muerto que aún no había muerto.

Con cada nueva gota de luz que invadía su habitación en penumbras, el terror se hacía cada vez más profundo, intenso y cegador. Su mente se nublaba cada vez más conforme los gritos de la madrugada se aplacaban en un amanecer rosado. La profecía rebotaba en las paredes de su cabeza, en un eco perverso que se entretenía repitiendo retazos de un augurio que llenaba de pavor el cora-

zón del Bueno (como un espejo roto, cuyos fragmentos reproducen una imagen pero la corrompen y deforman convirtiéndola en el rostro de un monstruo). Con cada nuevo sonido, la predicción adquiría matices más siniestros y sombríos, como la sangre que pasea por las arterias del moro.

Udhborg no podía evitar soñar láminas que se sucedían e intercaban, en las que él moría mil veces distintas a manos de un musulmán. Vio su cabeza rodar sobre un campo de polvo de oro, vio su cuello sonriendo en el dibujo de una daga, sintió su corazón detenerse bajo la mirada diabólica del demonio negro.

La luz trajo la mañana, pero no la paz.

### **Latet anguis in herba**

—¿Crees que podrás hacerlo, Morgana?

—¿No ha funcionado acaso el conjuro que cerró los ojos de aquel hechicero Guthlac, al que tanto temías? Confía en mí, Asmodeo, y te prometo el sitio de tu hermano.

### **Age quod agis (alea facta est)**

Udhborg comenzó a vestirse: tan sólo un traje marrón de tela burda y áspera, y una manta, pues su escudero lo acompañaría, cargando su armadura. De repente, alguien entró en su habitación.

El recién llegado era alto, de espaldas anchas. Su rostro era abierto y amistoso, adornado con dos ojos esmeralda, dos pequeñas gotas de océano. Los había heredado de su madre, y su padre siempre había sonreído melancólicamente cuando lo veía. El joven nunca supo por qué; en realidad, nunca le contaron mucho de su madre. Su progenitor siempre había evitado el tema, pues le ocasionaba mucho dolor.

Era una persona honesta pero ingenua. Lo habían entrenado para ser caballero y hombre de bien y suceder a su padrino en el trono, pero nunca había rozado el pérfido ambiente de ambiciones y mentiras de los nobles. Por eso temía su padre. Ese joven inmaduro no estaba listo para valerse por sí mismo.

Su nombre era Aashborg.

—Hijo —dijo Udhborg—, estoy a minutos de partir, quizá para siempre. He hablado contigo largas noches, preparándote para este momento. Hoy debes ser un hombre. Confío en ti.

El Bueno despidió a su hijo con la parquedad que lo caracterizaba. Todo había sido dicho antes. Ya no había tiempo para enmendar nada.

—Haré mi mejor esfuerzo, padre. Estarás orgulloso de mí —prometió el joven. Pero, muy dentro de su alma, estaba aterrizado.

Se abrazaron, como se saludan los hombres. Y luego, Udhhborg partió.

Para siempre.

### **In partibus infidelium (in articulo mortis)**

Guthlac estaba listo para morir. Había visto lo que sucedería, pero sabía que no estaba en él interferir. Por tanto, estaba esperando, silencioso, la visita de la parca.

(Udhhborg y Asdrival se habían tendido en su tienda. Estaban llegando a Jerusalén, y se acercaba el momento de sudar lágrimas y sangre por el madero, ofreciendo cada hombre su historia completa a los designios de un hombre que no era hombre, un inmortal que había muerto colgando de un crucifijo. La noche se cerraba, y un maligno duende juguetón susurraba hados de miseria y fracasos al oído de los cruzados ingleses. El sueño deambulaba por el campamento, sin detenerse en ningún lado, hasta que el último hombre de la expedición, el centinela, se durmió profundamente a medianoche.)

Guthlac cerró los ojos, perdido en la contemplación del destino rodando hacia su cometido final, hacia la concreción de los designios de un escriba celeste, que caprichosamente teje y desteje las existencias de los mortales sobre este prado.

*Los moros se acercaron al campamento. Eran dos, y eran miembros de la secta conocida como assassins, que cumplían con el objetivo sagrado, impuesto por Alá, de defender la sagrada fe musulmana y de proteger, a costa de la propia vida, el Templo Muslime. Eran temidos, pues eran matadores de cruzados, y virtualmente imposibles de aprehender.*

Aguardaron el momento en que la noche se sumió en una oscuridad total, y ciegos, guiándose por su instinto, con sus refulgentes ojos rojos de bestia demoníaca, ingresaron en las tiendas.

Sus garras (sus dagas cimbreantes), dos tigres sigilosos en noche de cacería sangrienta, en el mutismo

absoluto, mataron uno por uno a los hombres que dormían. Salvo uno, que escapó en silencio.

*Invisibles, como habían llegado, se retiraron, dejando un campamento de estatuas de sal que se descomponían lentamente, disolviéndose suavemente en el correr acuoso de los días.*

Guthlac retornó del trance. Una lágrima pugnó por nacer, pero el mago no lo permitió. Supo que ya no tenía nada que hacer, y se dispuso a cumplir su sino: bebió una pócima que había preparado minutos antes, y con tristeza, se dispuso a vaciar sus ojos para siempre.

### **Anceps imago**

Asmodeo el Cojo estaba al tanto de todo lo que sucedía. Se había confabulado con una bruja llamada Morgana, y el desenlace de los acontecimientos era el que ellos habían creado. Pero aún faltaba el golpe final.

El hombre que había escapado regresó a Inglaterra con la noticia de la muerte del rey. El heredero natural era Aashborg. Si bien no le correspondía por derecho, ésta había sido la voluntad del Grande, y contaba además con el apoyo de todas las casas que habían apoyado a su padre.

El joven fue coronado. Pero no fue capaz de dominar su pánico. Aunque no lo demostraba públicamente, se sentía abrumado por la responsabilidad, y no tenía en quién recostarse al caer.

Un día llegó al castillo un hombre que se presentó como Asmodeo, hermano de Udhhborg. Ansioso, aliviado, Aashborg inmediatamente lo hizo su hombre de confianza. Acataba sus consejos hasta lo absurdo, feliz de verse librado de la presión. Por eso, cuando el hombre le aconsejó visitar a una bruja llamada Morgana, el rey no lo dudó un instante.

Ambos hombres fueron a visitar a la hechicera, que vivía en una choza en medio del bosque. La mujer estaba esperándolos, y los recibió diciendo:



—Sé quién eres y a qué vienes, Aashborg. Conozco tu historia y tus miedos. Y puedo matar tus dudas. Escucha lo que voy a explicarte.

«Cada hombre está formado por dos partes, una material y una espiritual: la material es el cuerpo, lo tangible. La espiritual, por el contrario, es intangible; es la urdimbre de dudas, anhelos, historia, rasgos, conflictos, y todo lo que hace que el hombre se diferencie de los animales. Y por supuesto, fantasmas.

«Esta parte espiritual es heredada de nuestros padres, y nos persigue toda la vida. Por eso debemos solucionar nuestros problemas en nuestra propia vida, para que no los sufran los hijos. Pero lo que tú sufres es lo que sucede cuando un hombre muere violentamente: sus deudas impagas se transmiten a sus hijos.

«La solución se encuentra en esta pócima que te daré, forjada con las más finas hierbas del norte. Debes tomarla y encerrarte en un cuarto oscuro. Sentirás un sopor algo desagradable, y luego dormirás. Pero no temas. La pócima hace que todos tus problemas desaparezcan, pues predispone tu organismo de tal manera que los fantasmas simplemente mueren, y tu espíritu se fortalece, y alcanzas un estado de nirvana, cercano a las puertas del Edén. Tómala.

«Y vete.

### **Delenda est Carthago!**

Aashborg y Asmodeo salieron de la guarida de la vieja bruja y se dirigieron al castillo. Asmodeo aconsejó al rey que no aguardara más, y que se dirigiera a una de las torrecillas del castillo a cumplir con el exorcismo. Y el monarca obedeció gustoso, encerrándose en la pequeña habitación que habían elegido. Bebió el brebaje, e inmediatamente perdió la conciencia.

El tío, sin demora, llamó a una cuadrilla de albañiles. Con piedra negra y argamasa sellaron la puerta y la historia del joven Aashborg.

Dos horas después, Asmodeo observó extasiado la tumba de su sobrino. Riendo a carcajadas, en un réquiem grotesco, celebró el éxito de su venganza.

### **Caput mortuum**

Aashborg abrió los ojos, y fue como si no los hubiera abierto. Lo envolvía la oscuridad total, y la certeza de que algo no estaba bien. Y el olvido.

Lentamente, la bruma se disipó, y pudo recordar en pedazos lo sucedido. Habían visitado a esa bruja Morgana, que le había ofrecido esa poción milagrosa que lo elevaría por sobre sus problemas. Urgido por su tío, había entrado en la pequeña habitación, y había bebido el líquido amargo. Recordaba haber sentido un mareo repentino, y una neblina rojiza manando en oleadas desde el cuenco de sus ojos borrachos; recordaba el rostro de su tío sonriendo desde esa marejada escarlata, recostado en su bastón, bajo la tormenta de sangre carmesi... y luego, oscurecido.

Estaba tendido en el piso helado, mirando el techo, los brazos en cruz, sin saber que se encontraba en su propia tumba, acostado en un féretro gris y enorme, respirando lentamente los escasos instantes que le quedaban de vida. Intentó pararse, y sintió los músculos de brazos y piernas como si fueran de hule, blandos y extenuados, incapaces de sostener sus huesos, como si una infecta sanguijuela le hubiera bebido toda la sangre. Desde el suelo, comenzó a mover sus ojos frenéticamente, buscando otro ser humano que lo iluminara. Se encontraba solo, débil, exánime, con sus pupilas dilatándose hasta lo eterno, buscando en la oscuridad absoluta la luz que borrara los miedos y le demostrara que todo había sido un mal sueño, y que Padre seguía vivo, esperándolo abajo para desayunar y hablarle del momento en que sería coronado rey de Inglaterra. Sentía que le habían drenado el corazón, y rellenado las vísceras con agua de río. No encontraba fuerzas ni voluntad, y tembló al pensar que podía haber muerto. Nunca le habían hablado del Cielo, o el Infierno, de modo que siempre había imaginado el reino de Hades como un lugar donde uno detenía su cuerpo, se hundía en un océano verdoso y se perdía para siempre en un maremágnum de ánimas silenciosas, sumergiéndose sin ahogarse en una masa acuosa que jugaba con los cuerpos inertes según los caprichos de una marca cíclica; por instantes inmóvil, para luego entregarse a un violento frenesí en el que los cuerpos giraban y se revolvían desconecta-

dos, como un mazo de naipes que atrapa el viento cuando recorre los pasillos, chocándose entre sí, las cabezas colgando, los cuerpos recreando ángulos ridículos, mientras los ojos vacíos miraban sin ver y las bocas mudas se abrían sin hablar. Sintió frío (¡frío!).

Decidió esperar, y obrar con calma, con frialdad, sin dejarse embestir por el espanto. Cerró los ojos y se concentró en cada minúscula parte de su cuerpo.

Comenzó por sus manos. Se concentró con un enorme esfuerzo de su mente en su mano izquierda. Olvidó el resto del cuerpo, y pensó salvajemente en sus dedos. Espasmódicamente, comenzaron a moverse. Luego sus brazos, luego sus piernas. Con un esfuerzo supremo, extenuado mentalmente por la demanda de concentración, se puso de pie, y se arrastró hasta chocar con una pared. Ciego, comenzó a palparla y a acompañarla, creyendo que encontraría una puerta en algún lado. Sus manos ansiosas recorrían cada centímetro, palpando cada rincón con desesperación, en la agonía del naufragio que intenta convencerse a sí mismo de que llegará a la costa, aun sabiendo que se encuentra en el medio del océano, a miles de kilómetros de cualquier paraje habitado.

Recorrió, ciego, la esfera de su cripta, rozando la piedra lisa y desnuda, con el pecho cerrándose en la peor desolación a medida que avanzaba y descubriría que la pared era tan tersa como la piel de la niña, pulida, sin secretos, sin revelaciones gozosas. Con lágrimas aflorando a sus ojos ciegos, creyó hundirse en la mayor desesperanza, cuando de repente las yemas de sus dedos acariciaron una ínfima grieta, presagio incierto, pero luz de esperanza. Ávido, impaciente, tanteó la grieta y, siguiéndola, dibujó la silueta de una puerta. Y de repente comprendió todo. Lo habían traicionado. Lo habían engañado, la persona en quien él confiaba lo había engatusado, le había vendido un rostro fraguado, y se había quedado con lo suyo. Y él, ahora, estaba encerrado en un sepulcro que él había ayudado a construir, renunciando a su nombre. Por no tener hombría suficiente para enfrentar la realidad. Había cerrado los ojos, había querido creer que en ese elixir estaba la redención, y lo habían timado.

Cerró los puños, y en el centro de su pecho nació un bramido de ira y dolor. Golpeó la pared con todas sus fuerzas, aullando bestialmente, con el rugido impotente del galeote que ve el barco que se hunde, el agua que sube, y los eslabones pétreos de la cadena, y como un animal herido escupe sus pulmones en un alarido inhumano, salvaje y con su cuerpo en tensión, sus músculos de acero estirándose al máximo, intentando deshacer esa cadena, demoler los eslabones, mientras el agua sube inexorable, y le besa las piernas, el tronco, y finalmente lo envuelve y silencia el grito aterrorizado de fiera, que se apaga en un estertor. Golpeó con demencia los ladrillos, intentando demoler esa puerta, tratando de abrir una salida de ese nicho, cada fibra de su cuerpo súbitamente embebida de una energía desesperada, arrolladora, incapaz de contenerse en ese ser trastornado, vociferante, que acometía en un torbellino explosivo de estruendo y violencia, determinado a despedazar la piedra con sus puños desnudos. Aulló de impotencia, un grito de agonía estallando, incontenible, destructor en su pecho. Sus piernas de repente se aflojaron y se desvaneció.

Cuando recobró la conciencia, estaba tendido en el piso, empapado en sudor. Quiso ponerse de pie, y no lo logró. Nuevamente el agotamiento. Decidió quedarse a morir, sin luchar. ¿Qué sentido tenía? Mientras más rápido mejor. Y así, se entregó, para no sufrir. Pero se equivocó.





Tumbado en el piso, aguardaba. Se había resignado a no dominar su cuerpo, y había blanqueado su mente. Esporádicamente afloraba un recuerdo, un estallido de cordura, pero era sofocado inmediatamente: Aashborg sabía que la ausencia es el calvario que padece la humanidad. Cada ausencia hace nuestra cruz más pesada, mientras cumplimos nuestro vía crucis irrevocable hacia el Gólgota de la última hora. Así como el ciego de nacimiento no sufre por lo que no conoce, el que lo es por una burla del destino padece la ausencia de la luz y el color, y el recuerdo se vuelve el más cruel de los tormentos.

De repente, su cuerpo comenzó a sufrir una serie de extrañas transformaciones.

Sus ojos eran sólo pupilas, cegados en lo tétrico de la oscuridad pura, espesa, oceánica. Él era aquel al que castigan los magistrados, vaciando el cuenco de sus ojos con una cuchara, y que por un error de un instante estaba condenado a sufrir el tormento eterno del destierro, del ostracismo del placer sensorial de vislumbrar una mujer hermosa, el rostro de los hijos, el terruño amado. Pero había algo más. Sintió que comenzaban a empaparse con una humedad pavorosa que no era lágrimas, sino un fluido ardiente, maligno, que le corroía los globos oculares, mientras él, desesperado, intentaba vanamente parpadear, retorcerse, quitar ese dolor insoportable de la niña de su ojo, pizcas de mar negro que se convulsionaban y agitaban en una tempestad de padecimientos brutales, una tormenta agonizante que vivía en una minúscula esfera lechosa. Estertor amargo en sus ojos, el ardor era enorme y persistente, como si los hubieran frotado con una hoja maldita de ruda macho. Sintió una punzada agreste, que luego se transformó en una garra pequeña, obsesiva, que raspaba la superficie de ébano de la pupila y la nivea blancura que la sitiaba, en un roer sonoro y enloquecedor. Aulló de impotencia, un grito de agonía estallando, incontenible, destructor en su pecho.

Su cuerpo comenzó a cambiar.

Sintió que la temperatura de la habitación se elevaba. En la oscuridad, vivo aún pero exangüe, sufría, del modo en que las lápidas sufren la lluvia en las noches de invierno, sin libertad.

Su piel comenzó a quemarse, como si lloviznaran gotas hirvientes de ácido, y se apoyaron juguetonas

sobre su cuerpo. Inmóvil, estaba exhausto aun para gritar. Miles de agujas calientes se apoyaron primero, luego comenzaron penetrar su epidermis con sadismo encarnizado, quemando, hiriendo, sangrando...

El calor era insostenible y doloroso, como si lo hubieran amortajado en un sudario de fuego, y luego arrojado a un lago de lava, del modo en que los vikingos despedían a sus muertos. Su piel adquirió un tono bermejo furioso, y finalmente comenzó a ampollarse. En todos lados aparecían llagas horribles, protuberancias que se llenaban de un pus infecto y amarillo y luego estallaban, derramando el putrefacto líquido sobre el atormentado Aashborg; el fluido entraba en contacto con la dermis ardiente y se calentaba más aún, y era como si lo bañaran en aceite hirviendo, y nacían llagas en todo el cuerpo, eccemas que volvían a estallar, en un laberinto sin salida, y sin Minotauro que acabara con el dolor. La piel del joven desapareció, y en su lugar quedó una capa sangrante de tejido rojo, goteante, mientras el antiguo rey buscaba la inconciencia, que no llegaba y no lo rescataba de ese dolor extremo.

Y mientras, sus entrañas desaparecían. Su cuerpo adelgazaba, y la fibra muscular se consumía. El joven clamaba por la llegada piadosa de la muerte, mientras sentía que una legión de gusanillos blancos, esos que viven en la piel de los muertos, comenzaba a deambular por sus miembros. Sintió que los malditos gusarapos roían su carne, comían lo que quedaba del hermoso ser humano que él había sido alguna vez, pausadamente, pero sin detenerse, tan sólo comiendo, mientras los colgajos que sobrevivían de lo que una vez fue una pálida hermosura se pegaban cada vez más a los huesos, conforme desaparecía su masa en las fauces de esos malditos gusanillos blancos. Supo lo que era ser devorado vivo, pero desde el interior, por una camada de malditas larvas blancas, malditas asesinas, que se alimentaban de él. Pudo ver que su piel estallaba, cuando lo habían consumido, para que ese diabólico ejército viera la luz por primera vez.

Por último, sus huesos. Palpiraban. Comenzaron a latir, a crecer, a deformarse. Su rostro se desfiguró totalmente cuando en su cráneo comenzaron a trepidar unas protuberancias inquietas, como si bajo

la piel hubiera incubado un pequeño nido de serpientes. Su cuerpo todo se alargó, se deformó, y tembló a empujones tozudos de un homicida blanco dispuesto a ganar su libertad.

Y finalmente, piadosa, la muerte.

### **Vade retro, Satana? (nec mortale sonans)**

Asmodeo estaba exhausto. Había tomado el lugar de su sobrino, y ese día había cabalgado hasta las fronteras de sus nuevas tierras, escupiendo a sus flamantes vasallos el rostro de la nueva realidad. Se sentía bien consigo mismo, lleno de una satisfacción como nunca había sentido. No era como aquella vez que había matado a la mascota de Udhborg, y había salido indemne de castigos. Era algo mucho más vasto, como si la pierna que toda la vida lo había traicionado súbitamente se fortaleciera y lo empujara, lo manipulara con un hambre de ejercicio físico, de correr, saltar, pelear. Era una reivindicación. Y ese día, mientras explicaba a sus súbditos las nuevas normas de relaciones, había sido lo mismo. Ver la cara de terror de esos campesinos idiotas, mientras él —el nuevo señor— hablaba, lo había hecho sentir respetado.

Él había impuesto un nuevo orden.

Él había devuelto todo a su lugar.

Esa noche, luego de comer, se dirigió a la que era la pieza de su hermano. Sería la primera vez que dormiría en una habitación, lo que significaba un cambio agradable, luego de más de cuarenta años durmiendo en la cocina, o en los establos o en el campo raso. Porque él había logrado su lugar. Había restaurado el orden.

Entró y encontró la pieza vacía, salvo por un hombre, que en el centro de la habitación, yacía sobre un sillón, la cabeza sobre el pecho, de tal manera que no pudo ver sus facciones.

El hombre lo miró a los ojos, y la sangre de Asmodeo se detuvo en sus venas; se puso tan fría como la glacial noche que había precedido al inicio de los tiempos, y comenzó a circular en la dirección contraria. El movimiento de todos los átomos de su cuerpo se detuvo, y luego se invirtió hasta la locura. Su cuerpo todo se detuvo, petrificado de horror. Y en ese instante, un agresivo vaho de azufre lo invadió, el hedor más espantoso que

había sentido en su vida. Y era malo. Penetró en sus ropas, en sus fosas nasales, impregnándolo todo. Una mano cálida le acarició la mejilla, se metió en sus vestiduras y comenzó a rozarle el pecho, la espalda, la entrepierna, y era cada vez más caliente, hasta llegar a ser hirviendo como el hielo de las altas cumbres, como la sonrisa de Hades.

Asmodeo se encontró frente a frente con el espíritu de su padre, las vestiduras rasgadas, manchadas de barro y sangre; ambos hombres se miraron, y aquel que había sido rebautizado Traición notó que bajo las uñas de su padre asomaba irreverente una costra de fango, como si hubiera forjado su camino hasta ese sitio excavando desde su tumba para volver a respirar el aire neblinoso de la sagrada Inglaterra. Su rostro, cubierto de sangre coagulada, estaba oscuro; la mitad izquierda perdida en una masa informe de tejido descarnado, como si una jauría de lobos hambrientos hubieran hecho presa de su cuerpo. Cuando observó en detalle, incluso creyó percibir la huella de una dentellada salvaje. Y desde un solo ojo celeste, cansado pero furioso, Udhborg dijo:

—Siempre lo supe.

Asmodeo parpadeó, y el que estaba ahí ya no era su padre sino su hermano. En posición fetal, demacrado, irreconocible, parecía uno de esos malignos duendes famélicos que poblaban los libros de la época. Flaco, deformado, sufría la agresión de un esqueleto demasiado grande para su propio cuerpo, que pugnaba por salir, creando bajo su piel extrañas protuberancias, algunas de las cuales latían siguiendo los caprichos de un asesino óseo que se divertía a costa de su dolor. Desde sus inocentes ojos verdes, el único rasgo de humanidad que sobrevivía, resabía de un ser humano hermoso, Aashborg lo miró en silencio.

Parpadeó nuevamente, y todo se oscureció, y ante sus ojos ciegos desfilaron imágenes lúgubres, sombrías; sus tierras, incendiadas, el fuego alcanzando el éxtasis en la carne de los pobres, gente desnutrida, muertos de hambre, la piel flácida en colgajos muertos, balanceándose atrevidamente desde la barriga de los niños, hombres vendido a sus hijas, abjurando de su honor, sangre, mucha sangre regando la otrora próspera comarca... y frío.

Todo eso desapareció cuando el traidor volvió a la habitación y se encontró con un hombre al que nunca había visto. Era alto, y estaba sentado en el sillón. Vestía con la elegancia de un rey, en un traje de terciopelo rojo, rojo pánico, con apliques en negro, negro abismo. Ostentaba en su pecho un escudo, la figura de un macho cabrío negro sobre una hoguera, de la cual asomaban manos, y rostros, y niños. Asmodeo creyó ver en el escudo vida, movimiento y retortijones de agonía de las manos, expresiones de sufrimiento en los rostros. Incluso oyó unos débiles pedidos de clemencia. Pero súbitamente lo golpeó el antiguo hedor a azufre, que parecía emanar del hombre sentado.

Notó que en su dedo meñique tenía una uña de diez centímetros, y un anillo de oro, ornamentado con un rubí, pequeño pero hipnótico. Se hundió en la contemplación de la piedra, y perdía la conciencia del lugar, la situación, el cansancio, a medida que todo se desdibujaba y el rojo placer lo inundaba todo. Podría haber olvidado su vida, si el extraño hombre no hubiera dicho lo que dijo. Asmodeo volvió a la realidad, y escuchó, atónito. Pero a medida que el hombre hablaba, comenzó a sentir una placidez que sólo siente aquel que en el momento de mayor incertidumbre y zozobra descubre su misión en el mundo, y su existencia da un vuelco anormal que lo lleva directamente al paraíso.

—Creo que ya sabes quién soy, Asmodeo. Soy el Creador de todos los que son como tú, de los tahúres, ladrones, asesinos, mercenarios. Me han llamado Señor de las Moscas, Señor de los Vientos... No me importa cómo me llamen, porque soy también Asmodeo, y soy el otro, y el otro. Vengo a reclutarte. Sé que correspondes a mi estirpe, y tengo un lugar para ti entre los nobles de Averno. Estoy orgulloso de ti.

«Continúa tu labor. El futuro es grande, y seremos Legión, y estaremos escondidos, quizá, bajo las piedras, como los insectos, pero seremos incontables. Y sé que tú me ayudarás a dirigir mi imperio, que aún late y palpita en el vientre de esta tierra maldita, y que está destinado a la grandeza. Vive, Asmodeo. Vive y obra. El mundo está lleno de gente como tú, y algún día, no muy lejano en esta historia por escribir, te sentarás a mi izquierda, y todos besarán mis pies, y se inclinarán ante ti.

«No soy un brujo, y ciertamente no soy Dios. — Hizo un gesto de repulsión al nombrarlo—. Pero escucha mi profecía.

«Escucha mi profecía.

Acta est fabula  
Mirad al Señor,  
riendo solo en su castillo  
sin puertas ni ventanas.  
Miradlo, con una cadena atada  
al cuello, de eslabones tan frágiles  
como su propia debilidad.  
Ved a su lado, contando  
a carcajadas las monedas que tintinean en su  
bolsillo,  
al constructor de castillos,  
que camina por las calles  
y nos llama por nuestro nombre al vernos.  
Oíde pregonar su mercancía a la sombra de la  
esquina.  
Todos lo ven.  
Todos simulan no haberlo visto.

A priori  
A bon entendeur, salut!

#### Apéndice I (locuciones latinas)

*Ab origine* «Desde el origen».

*Acta est fabula* «La comedia ha concluido». Con esta frase se anunciaba el final de una representación en el teatro antiguo; Augusto pronunció estas mismas palabras en su lecho de muerte.

*Ad vitam æternam* «Por la vida eterna»: por siempre, para siempre.



*Aeternum vale* «Adiós para siempre».

*Age quod agis* «Haz bien lo que haces»; equivalente a «está atento a lo que haces», consejo que se da a la persona que se deja distraer por algo extraño a su trabajo.

*Alea jacta est* «La suerte está echada»; según Suetonio, Julio César dijo esta frase cuando decidió cruzar el Rubicón, pues ningún general podía hacerlo sin licenciar previamente a sus tropas, si no quería ser tenido por enemigo de la República; se emplea para referirse a una decisión extrema que se ha meditado mucho.

*Anceps imago* «Cara doble»; úsase para designar a las personas que a uno dicen una cosa y a otros otra.

*A priori* «De lo anterior»; dicese de las conclusiones que se obtienen descendiendo de las causas a los efectos.

*Caput mortuum* «Cabeza muerta»; se llamaba así a los residuos que quedaban de los ensayos de los alquimistas.

*Delenda est Carthago!* «¡Destruída sea Cartago!» Palabras con que Catón el Viejo solía terminar sus discursos; se emplean para expresar algo que se persigue con tenacidad.

*In articulo mortis* «En la hora de la muerte».

*In partibus infidelium* «En los países de infieles».

Locución empleada para designar al obispo de un país ocupado por infieles y que, por ello, no puede residir en él ni ejercer su autoridad; dicese también irónicamente de aquel al que se ha con-

cedido el título de una función que no ejerce.

*Latet anguis in herba* «Una serpiente se oculta en la hierba». Locución tomada de Virgilio, que se usa para designar un peligro oculto.

*Nec mortales sonans* «Su voz no suena como la de los mortales»; locución tomada de Virgilio, quien la emplea para expresar el entusiasmo de la sibila cuando está animada por el espíritu profético.

*Plurima mortis imago* «La muerte bajo muchos aspectos»; locución tomada de Virgilio (*Eneida*, III, 363) y que el poeta pone en boca de Eneas cuando relata a la reina Dido lo que fue la última noche de Troya.

*Vade Retro, Satana!* «¡Atrás, Satanás!»; palabras de Jesús (*Mateo*, 4:10) al rechazar las tentaciones del demonio; empléanse para abominar de una persona o hecho detestable.

*Vix soli!* «¡Ay del hombre solo!» Palabras de Salomón (*Eclesiastés* 4:10) que aluden al hombre que se encuentra solo en las dificultades de la vida.

*Sancta Sanctorum* «La más santa entre las cosas santas». Versión latina del nombre con que designaban los judíos el lugar más sagrado del templo, donde no podían entrar los profanos.

## Apéndice II

*A bon entendeur, salut!* «¡A buen entendedor, salud!».

Dicho popular francés, equivalente al castellano «A buen entendedor, pocas palabras».